

TEMPLARIOS Y MASONES, LA CONEXIÓN ESCOCESA

Fernando Arroyo

(Dedicado al H.: en el Arte A.L.V.)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

I PARTE: DE LAS ANTIGUAS FRATERNIDADES A LA MASONERÍA DECIMONÓNICA

- I. De la tradición salomónica al Compañerismo de Oficio.
- II. La francmasonería operativa medieval. El hermetismo constructivo.
- III. La transición masónica: De la operatividad a la especulación.
- IV. La masonería decimonónica.

INTRODUCCIÓN

Mucho es lo que se ha venido especulando, desde dentro y fuera de la masonería, en torno a la vinculación histórica y tradicional que existiría entre los caballeros templarios medievales y los masones.

El asunto desde luego no es baladí, ni algo que promuevan únicamente grupos de fantasiosos, charlatanes, románticos o mitómanos, sino que se trata de un debate que, aún hoy, sigue generando las más vivas controversias.

En un tema tan complejo como este, lejos de implicar rigurosidad historiográfica cualquier posicionamiento categórico, la objetividad requiere de una enorme cautela a la hora de pronunciarse. Aunque no sea una definición que guste a todos los masones, lo cierto es que la institución masónica se encuadraría dentro de lo que denominamos como sociedades secretas. Es por ello que resulta del todo pretencioso, y hasta temerario, adoptar esa característica actitud de autosuficiencia metodológica que frecuentemente adoptan quienes se erigen en fieles seguidores del dogma académico. Éste, por esas particularidades secularmente secretistas que concurren, es de los pocos asuntos históricos en que los hechos se decantan claramente hacia el lado metodológicamente "heterodoxo" de la balanza. El saber iniciático tiene sus propios medios de transmisión, que desde luego difieren de los meramente documentales, lo que implica que las simples refutaciones ideológicas que puedan esgrimirse carezcan normalmente de solidez alguna, y hasta pequin a menudo de lo que podríamos denominar "subjetividad científica". En ocasiones, tras estas actitudes de formalismo negacionista por sistema lo que en realidad subyacen son los condicionamientos del más inveterado academicismo, cuando no otro tipo de motivaciones mucho más sospechosas, como son las que parten de prejuicios ideológicos y doctrinales, y hasta de intereses partidistas generalmente inconfesables. De entre estos, en ocasiones virulentos embestidores contra cualquier cosa que implique conceder a la masonería un legado tradicional y el beneficio de la duda en cuanto a sus objetivos e intenciones, tendríamos algunos que se inscribirían en lo que se han dado

en llamar corrientes antimasónicas, las cuales generalmente parten de las mismas instancias políticas y eclesiásticas de siempre.

No entraremos en ello, pues no nos corresponde, amén de que hoy por hoy, con estudios tan historiográficamente científicos y documentados como los de Paul Naudon, por ejemplo, el planteamiento de un debate airado en torno a la vinculación primigenia entre templarios y masones (que no a la prolongación ininterrumpida hasta nuestros días) es más una cuestión de mera inercia frentista, o salubridad intelectual, que otra cosa.

Desde luego, el debate no es nuevo, e incluso en España por ejemplo ya levantaron en su momento una gran polvareda, durante finales del siglo XVIII y toda la primera mitad del siglo XIX, las consideraciones vertidas por el obispo de Vich, el jesuita Agustín Barruel S.J., en los dos volúmenes de sus *Memorias para servir a la historia del jacobinismo* (Luis Barja, Vich, 1870). Y entre estas consideraciones, estaba su convicción de conceder una dependencia templaria a los masones. El hecho de que Barruel fuese duramente fustigado por los liberales de toda condición y pelaje, no sólo de su época sino de la España reciente también, así como su asesinato en extrañas circunstancias, ya de por sí demuestran lo que hemos comentado anteriormente, sobre los oscuros intereses partidistas que en este asunto han movido siempre a determinadas instancias del totalitarismo dogmático, ya sea religioso o político. En este caso concreto, indicar que el propio Ricardo de la Cierva, ex ministro español y uno de los más prestigiados y controvertidos historiadores contemporáneos, reconoce que el conocimiento de Barruel sobre la Masonería y la Ilustración fue directo y profundo, y la documentación que manejó en la elaboración de su obra asombrosa.

No es el único caso, éste que comentamos, en que los jesuitas aparecen envueltos en oscuros asuntos relacionados con la masonería y el neotemplarismo, e incluso se ha dicho, y así lo recoge René Guénon en sus *Estudios sobre la Francmasonería y el Compañerazgo*, que fueron los propios jesuitas quienes queriendo perpetuarse secretamente, formaron la “clase eclesiástica del orden interior del *Régimen de la Estricta Observancia*”. Varios autores masones, entre ellos Ragon y Limousin, se encargaron de propagar esta leyenda sobre los orígenes de este Régimen masónico que está fundamentado en la tradición templaria, y del que nos ocuparemos más adelante.

En España, resultan de gran interés los estudios del jesuita José Antonio Ferrer Benimelli, miembro del Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, con sede en Zaragoza. En uno de los Cursos de Verano que organizó dicha institución en San Sebastián, Guipuzcoa, el profesor Ferrer Benimelli recalcó que “decir que hay incompatibilidad entre la fe cristiana y la masonería es un error”, y añadió que muchos pastores protestantes, anglicanos, metodistas y presbiterianos son masones”...

I PARTE: DE LAS ANTIGUAS FRATERNIDADES A LA MASONERÍA DECIMONÓNICA

I. De la tradición salomónica al Compañerismo de Oficio

Se ha pretendido buscar a la masonería un origen mucho más remoto del que seguramente tiene, quizás por ese afán de remontar todo lo esotérico a Egipto, Mesopotamia y Grecia. No obstante, en el que sería el documento más antiguo de la masonería, el *Manucristo Regius* (datado hacia 1390), es donde se establece la fundación de la masonería en Egipto por Euclides. Y en el tercer grado masónico, denominado Maestro Masón, aparece la leyenda en que se atribuye el origen de la masonería a la construcción del Templo de Jerusalén.

Otras tradiciones masónicas, de las que por ejemplo nos habla J.N. Casavis en *El origen griego de la francmasonería* (Nueva York, 1955), establecen estos orígenes en los Artífices de Dionisio, que aparecieron justo en el momento en el que se inició la construcción del Templo de Jerusalén. Su arquitectura estuvo basada en la filosofía hermética y la geometría sagrada, y emplearon de forma operativa y especulativa, es decir constructiva y filosófica, algunos símbolos de albañilería como el martillo y el cincel.

Los Esenios, que poseían costumbres y rituales masónicos, también son considerados precursores. Según Filón de Alejandría, “cuando los esenios escuchaban a su jefe tenían la mano derecha sobre el pecho, un poco por debajo de la barba, y la izquierda más abajo, en la parte del costado”. Cierto es que nos encontramos, en definitiva, ante un signo de reconocimiento de uno de los primeros grados de la masonería moderna.

Los romanos *collegia* de Numa de 751 a.C., el simbolismo pitagórico y los Caballeros Templarios medievales forman también parte de las tradiciones que nos hablan del origen de la masonería.

Los *Antiguos Reglamentos* del movimiento masónico, que se remontan a principios del siglo XV, señalan la influencia del Mediterráneo Oriental sobre toda la tradición medieval relativa a la construcción del Templo de Salomón, confundido frecuentemente por los peregrinos con el santuario musulmán de la Cúpula de la Roca.

En uno de los documentos masónicos más antiguo que se conserva, el *Manuscrito Cooke*, de 1410, se dice que “Salomón confirmó los *Reglamentos* que su padre David había dado a los canteros”. Este manuscrito presenta a Salomón como Gran Maestre de la Logia primigenia de Jerusalén, mientras que Hiram, arquitecto del primer Templo, era Gran Maestre delegado, el diseñador y operario más consumado de la tierra. Interesante respecto de la relación de los templarios con la importación de la leyenda de Hiram desde Tierra Santa es la obra de G.W. Speth, *Builders' Rites and Ceremonies: The Folk Lore of Masonry* (Ars Quatuor Coronatorum Pamphlet, Londres, 1951)

“En casi todos los catecismos masónicos más antiguos –refiere el historiador escocés Andrew Sinclair en *La Espada y el Grial*–, la serie de preguntas y respuestas confirmaba la tradición de la fundación de la primera logia masónica en el lado occidental del Templo de Salomón, donde Hiram había levantado dos columnas de bronce. Se le daba el sobrenombre de Abiff, derivado de la palabra hebrea que significa “padre”, como si Hiram fuera el padre de todos los masones”.

Para los Compañeros constructores medievales, el Templo de Salomón era no sólo el símbolo de su oficio, sino la cumbre de la sabiduría, "y consideraban que los maestros que habían intervenido en su construcción eran "iniciados" en todos los misterios que la Divinidad había tenido a bien revelarles", y ejemplos a seguir si se quería alcanzar propósitos de altura.

Los historiadores masónicos explicaban por varios caminos la transmisión directa de los ritos y prácticas desde la logia del rey Salomón en Jerusalén hasta la actualidad. Aunque al parecer la palabra logia procede del término *loggia*, que eran los lugares de reunión de los antiguos *Magistri Comacini*, un misterioso gremio de arquitectos que vivían en una isla fortificada en el lago Como en la época de la disgregación del Imperio Romano.

Un rey lombardo otorgó ciertos privilegios a los Comacini en un edicto promulgado en el año 643, y parece ser que estos habrían enseñado los secretos de la geometría sagrada y de los métodos de construcción a los constructores italianos de Rávena y de Venecia, y, a través de éstos, a los gremios artísticos y artesanos del Medievo.

A los herederos en Francia se les conoció como la *Compangonnage* (el Compañerazgo), cuya primera reunión constatada fue en el siglo XII, con motivo de la construcción de la catedral de Chartres. Algunos se llamaban Hijos de Salomón, que fueron los encargados de erigir casi todas las catedrales dedicadas a Nôtre-Dame. Otras líneas del Compañerazgo fueron las del Maestro Santiago –Maître Jacques-, también conocidos como Compañeros del Deber, y la del Padre Soubisse, que fue una escisión de la del Maestro Santiago. Todos ellos eran los gremios de artesanos que construyeron las catedrales góticas mayores, dirigidos en ocasiones por maestros canteros cistercienses o templarios llamados *Fratres Solomonis*. Para sir Laurence Gardner, san Bernardo de Claraval, el fundador de la Orden del Cister y mentor de la Orden del Temple, habría logrado descifrar la geometría secreta de los constructores del Templo de Salomón, lo cual no debe resultar disparatado si nos atenemos a los enigmas existentes en torno a quién envió a Tierra Santa a los nueve caballeros fundadores de la Orden del Temple y con qué finalidad concreta. Esta colaboración y convivencia entre la Caballería Guerrera de los Templarios y el Compañerismo de Oficio de los Constructores produciría una corriente de doble sentido, que trasvasaría ritos, símbolos, conocimientos y experiencias en ambas direcciones, al servir todos ellos a la misma causa trascendente. El enriquecimiento por ello fue mutuo, teniendo estos ritos e iniciaciones caballerescos y de oficio su reflejo simplificado en los ritos con que las jerarquías superiores dirigían, del modo más aprovechable posible, las potenciales capacidades psico-espirituales del pueblo medieval a quien se dirige principalmente la construcción religiosa.

Desde los inicios de la Orden del Temple, hubo cierto número de templarios que recibieron la iniciación compañeril durante alguno de los grados de ascenso dentro de la fraternidad, cuando fueron requeridos a dirigir los trabajos de construcción o a ejercer de maestros para los aprendices. De tal forma, muchos de los templarios aunaron en su persona la Caballería Guerrera y el Compañerismo de Oficio, como es el caso de aquellos templarios que tras alcanzar el grado de Maestros Constructores y desarrollar una dilatada carrera ejerciendo como tales, merecieron la distinción de ser enterrados en la más emblemática edificación por ellos

erigida. Al respecto, Rafael Alarcón nos refiere en *A la sombra de los Templarios* el caso de los Maestros del Temple de París, o en España el de Nuestra Señora del Templo en Villalcazar de Sirga, en la provincia de Palencia. Hecho significativo es que el *abacus*, que aparece grabado en los sillares de algunas construcciones templarias, fue el símbolo utilizado indistintamente por el Maestre del Temple y por el Magister de los Constructores.

De especial interés a la hora de demostrar de forma concluyente la estrecha relación existente entre los templarios y la masonería operativa medieval son los estudios del masón Paul Naudon, en su obra *Les origenes religieuses et corporatives de la Franc-Maçonnerie* (París, 1979), en los que con gran profusión documental expone cosas como esta que tradujera el Dr. Carlos Raitzin para un artículo sobre templarios y masones:

“Citemos finalmente al caso de Metz, donde los templarios instalaron una comandería a partir de 1133. Ella creció rápidamente y ya se hallaba profundamente arraigada cuando san Bernardo mismo vino a la diócesis a predicar la Segunda Cruzada en 1147. Es interesante señalar que hacia fines del siglo XIII una fraternidad de masones se reunía en el oratorio de la comandería de los templarios de Metz. En 1285, se encuentra el nombre de “*Jennas Clowanges, li maires de la frairie des massons dou Temple*” (Jennas Clowanges, el alcalde de la fraternidad de masones del Temple). Una lápida funeraria, descubierta en 1861 frente a la capilla, recuerda la memoria de cierto “*Freires Chapelens ki fut Maistres des Mazons dou Temple de Lorene*” (Freire Capellán –o sea Caballero Templario- que fue Maestre de los masones del Temple de Lorena) durante veintitrés años y que murió “*la vigille de la Chandelour Ian M.CC.III.XX.VII*” (la vigilia de la Candelaria el año 1287)”

Sin duda la obra de Naudon supone, no sólo la prueba historiográfica irrefutable de la vinculación entre los masones operativos del Medievo y el Temple, sino también de su relación con los *franc mestiers*, que permitía a los oficios, en particular el de la construcción, desempeñarse dentro de los dominios templarios libres de los impuestos reales o señoriales.

Un detalle curioso es que todas estas hermandades masónicas de la Francia medieval a las que nos hemos referido, corrieron la misma suerte que los templarios cuando en el siglo XIV la Inquisición, de la mano de los dominicos, fijó su atención en ellos.

II. La francmasonería operativa medieval. El hermetismo constructivo

Las asociaciones o cofradías de albañiles (*maçons* en francés) existen con toda certeza en el siglo XIII, pues de 1275 data el primer documento al respecto (gran asamblea de Estrasburgo).

Hacia el siglo XIV ya se utilizaba la palabra “lodge” (logia) para designar los lugares de reunión de los artesanos del oficio. El manuscrito *Halliwell* recomendaba al cantero que mantuviera el secreto:

“Lo secreto de la cámara no lo digas a nadie,
Ni nada de lo que hagan en la logia”

Ahora bien, resulta poco menos que sorprendente que para historiadores de reconocida solvencia, como por ejemplo el catedrático de Historia de las religiones César Vidal, no parezca que tales asociaciones hubieran ido más allá del terreno laboral y, según él, no hay rasgos de que poseyeran un saber esotérico y milenario. Si no fuera por que existen pruebas más que evidentes en contrario, incluso documentales, diríamos que la conclusión de Vidal entraría dentro del clásico encorsetamiento ideológico con que la historiografía academicista acoge todo aquello que se sale de sus parámetros empíricos, pero en este caso, precisamente por las pruebas a las que aludimos, tales consideraciones resultan, simple y llanamente, un soberbio dislate. No hace falta siquiera remitirse a los estudios alquímicos de los grandes Adeptos del Ars Regia como Fulcanelli, pues ello daría pie a las manidas acusaciones de subjetividad y fantasiosidad con que muchos estudiosos descalifican todo aquello que, por su incapacidad de comprensión, prefieren desdeñar sin más. Ignorar, por ejemplo, que el simbolismo arquitectónico, iconográfico y gliptográfico de los constructores trascendía con mucho las meras directrices de la religiosidad exótica imperante, emanada de Roma, supone ignorar el más ingente y tangible de los archivos documentales, en este caso pétreo e imperecedero, de las corrientes heterodoxas de Occidente. No es intención nuestra osar criticar el trabajo de alguien como Vidal a quien admiramos, y si más bien lamentarnos de lo que más parece una dinámica establecida y viciada, en la que por fuerza deben primar las ideas preconcebidas sobre el *expansus* metodológico, pues resulta del todo inexplicable que una auténtica eminencia como Vidal, que a sus 42 años posee tres doctorados (Historia, Teología y Filosofía) y una licenciatura (Derecho) y es conocedor de 16 lenguas, no sea capaz siquiera de vislumbrar en la piedra las significaciones ocultas del Lenguaje de los Pájaros, ese lenguaje simbólico y alegórico de Salomón y de otros sabios, en particular de la tradición musulmana.

Que las cofradías de constructores se fundamentaban en algo más que en una mera asociación laboral, la tenemos en hechos como el de los santos mártires Claudio, Nicóstrato, Sinforiano, Castorio y Simplicio, escultores cristianos que fueron condenados a ser encerrados vivos en sarcófagos de plomo y ser precipitados al mar, por negarse a esculpir un ídolo pedido por el emperador Diocleciano. ¿Qué asociación meramente laboral se cuestionaría llevar a cabo, a costa de su persecución, el encargo de un trabajo ordenado por el emperador?... Curiosamente, la existencia de estos santos, los *Sancti Quattro Coronati*, se menciona en los estatutos de los picapedreros de Venecia del año 1317, y también en el *Manuscrito Regius* de 1390.

El manuscrito francés nº 19.093 de la Biblioteca Nacional de París resulta también de gran interés a la hora de ilustrar lo que tratamos de demostrar. En 1849, es mencionado por Jules Quicherat; Jean-Baptiste Lassus (arquitecto que participó en la restauración de Nôtre-Dame de París y de la Sainte-Chapelle) se ocupa de su publicación, que tiene lugar en 1857 y en 1859 aparece una edición inglesa. La Biblioteca Nacional francesa publicó un facsímil bajo la dirección de Henri Omont en 1906. Posteriormente hay nuevas ediciones, algunas comentadas, de este llamado *Cuaderno de Villard de Honnecourt*. Precisamente en Honnecourt, cerca de Cambrai, nació Villard en tiempos de Luis IX. En este lugar existe un priorato de la orden de Cluny, y en 1235 finalizaban los trabajos de la abadía cisterciense de Vaucelles.

El cuaderno se trata de un documento único, del que se conservan 33 hojas de pergamino, frente a las 62 con que presumiblemente contaba el original. Incluye esbozos, croquis y anotaciones en dialecto picardo dirigidos a los técnicos, ya que “en este libro se puede encontrar gran ayuda para instruirse acerca de los principios fundamentales de la masonería y de la construcción del armazón...” y el autor añade: “... también del método para dibujar un trazado, como el arte de la geometría enseña y exige”.

Este documento nos desvela algunos de los conocimientos en geometría que tenían los constructores medievales y las técnicas del tallado de la piedra, e incluso tiene algunos dibujos que aún no han sido interpretados. Roland Bechmann ha analizado estos dibujos, por ejemplo el trazado de un arco mitral.

El cuaderno de Villard aún debe ser estudiado con más detenimiento, pues sin duda en él se hallan algunas de las claves del simbolismo aplicado en el templo, que como la logia masónica, se extiende de oriente a occidente, del sur al norte, del nadir al cenit. Esto nos recuerda la extraña pregunta de Bernardo de Claraval que, en *De consideratione* (cap. XIII) parafrasea a san Pablo cuando en su *Epístola a los Efesios* (III, 18) pregunta: “¿Qué es Dios?”, y se le responde: “Él es longitud, anchura, altura, profundidad”.

Precisamente es la relación de magnitud entre las diferentes partes de un todo -la aplicación de la proporción, en suma-, la que se extendió a todos los saberes cuantificables, dando lugar en el decurso de los siglos a desarrollos la mayoría de las veces místicos, y el arte constructivo no fue una excepción. Citando a Monseñor Devocoux, Jean Hani dice que, entre muchas otras iglesias y catedrales, la de Troyes (Francia) contiene toda una serie de proporciones y mediciones relacionadas con los nombres sagrados. Al respecto, Manuel Plana sostiene que “todos estos códigos simbólicos coinciden en el edificio formando parte de una ciencia sagrada (de los ciclos y los ritmos) cuya base es esencialmente numérica...” Plana, sin duda, alude al sagrado Número Áureo que estaba ya presente en las obras del arte del antiguo Egipto, y cuya teoría se expuso por vez primera en el siglo III a.C. en *Elementos de geometría* de Euclides, si bien esta obra es, en realidad, una síntesis del pensamiento matemático griego de épocas anteriores, en concreto inspiradas en Pitágoras, fundador en el siglo VI de una escuela científica y mística destinada a ejercer una notable influencia sobre el pensamiento antiguo y moderno. El mismo Platón dijo que “todo está hecho conforme al número”, y añadió: “Dios geometriza al crear”.

Volviendo a la cuestión de los conocimientos secretos y ancestrales de los constructores, otro ejemplo significativo lo tenemos en la Confraternidad de la catedral de Estrasburgo, cuyo nombre primitivo era “Los hermanos de San Juan”, que tenía una jurisdicción particular independiente de otras corporaciones similares. Tenía su propio tribunal en la Logia y juzgaba sin apelación todas las causas que eran tratadas según la Regla y los Estatutos.

En algunos de los artículos de estos Estatutos, elaborados en 1495 y conservados en el archivo catedralicio, pueden apreciarse instrucciones que sin duda van más allá de lo que marcaría un mero régimen disciplinar de tipo laboral, o, lo que es lo mismo, entraría de lleno en el implícito secretismo de lo esotérico. Por ejemplo, en el art. 2 “se establece que los miembros de esta confraternidad no tengan comunicación con otros

constructores que solamente supieran emplear el mortero y la paleta"; en el art. 13 "se prohíbe a los Maestros y Compañeros instruir a los extraños en sus Estatutos"; o en el art. 55 se dice que "el Aprendiz elevado a Compañero prestaba juramento de no revelar jamás de palabra o por escrito las palabras secretas del saludo"...

Como nos refiere Gloria de Válor en sus *Apuntes sobre Pythagoras y los Compañeros del Saber*, "la Logia de Estrasburgo mantuvo una tradición acatada y mantenida hasta 1870 que obligaba al Maestro de Obras, una vez al año, ser introducido al crepúsculo en la Catedral por el obispo de la ciudad y pasar allí la noche, ya que esta Catedral estaba declarada sede tradicional del Compañerismo y desde donde se propone una serie de signos lapidarios característicos que se extienden por el Este de Europa hasta Moldavia".

En cuanto a los documentos bibliográficos que constatan la existencia de una francmasonería operativa en el Medievo, en este caso tardío, podemos citar un tratado de alquimia datado hacia 1450 y citado en Spence, *An Encyclopaedia of Occultism*, que utiliza explícitamente la palabra *freemason*; otro tratado alquímico del siglo XV, citado en Thomas Norton, *Ordinal of Alchemy*, alude a los masones bajo el nombre de "obreros de la alquimia", definición que se hace patente incluso en nuestros días, y por poner un ejemplo, en la denominación como "rosa de los alquimistas" del rosetón norte de Nôtre-Dame de París.

Significativa es también la fórmula de Juramento que aparece en un manuscrito conservado en el Archivo de Edimburgo, fechada en 1646:

"Juro por Dios y por San Juan, por la Escuadra y el Compás someterme al juicio de todos, trabajar al servicio de mi Maestro en esta venerable Logia del lunes por la mañana al sábado y guardar las llaves, bajo pena de que me sea arrancada la lengua a través del mentón y ser enterrado bajo las olas, allá donde ningún hombre lo sabrá"

En *El Misterio de las Catedrales* (1926) y en *Las Moradas Filosofales* (1931), Fulcanelli expone el verdadero significado de la alquimia y su reflejo en las grandes obras arquitectónicas del Medievo, las catedrales góticas. Como iniciado, Fulcanelli descubrió todo el proceso de ascensis grabado en las piedras con que se edificaron los templos góticos, explicando como entre sus medallones y estatuas se puede seguir de forma muy clara el antiguo camino alquímico en sus diferentes etapas. Tal como observó Patrick Ravniant, Fulcanelli interpretó la antigua ciencia de la alquimia como una técnica que había de ser empleada para alcanzar la iluminación más interior. Para este enigmático sacerdote, del que se desconoce su verdadera identidad, la catedral no debía ser observada como "una obra dedicada únicamente a la gloria de Cristo, sino más bien como una vasta concreción de ideas y tendencias, de fe popular, un todo perfecto al cual uno puede referirse sin temor en cuanto se trata de penetrar el pensamiento de los antepasados, sea en el terreno que sea".

Resulta evidente que Hermes Trismegisto, fundador de la alquimia y de la doctrina hermética, influyó mucho sobre los caballeros de la Orden del Templo de Salomón y, a través de éstos, sobre los masones. Un documento medieval que todavía se conserva en París, el *Léviticon*, nos habla de las

creencias que trajeron los templarios del Próximo Oriente, e incluso dicho credo aparece reproducido en *The Knights Templar* (Londres, 1910), de A. Bothwell-Gosse.

Se haría demasiado extenso enumerar y analizar, y no es el propósito de este ensayo, las múltiples manifestaciones del simbolismo hermético que concurren en el arte constructivo medieval, que se concibieron en recuerdo de las antiguas religiones paganas de origen solar fundamentalmente, y cuya comprensión estaba sólo al alcance de unos pocos iniciados. Iniciados que, como los francmasones medievales, supieron velar y proteger sus conocimientos bajo el manto sutil del simbolismo constructivo.

III. La transición masónica: De la operatividad a la especulación

Sin duda es la profanidad del siglo lo que en muchas ocasiones impide a algunos historiadores del Arte y estudiosos de las formas arquitectónicas medievales entender que la cosmovisión y la cualidad cognoscitiva ancestral se regían bajo concepciones místicas y ascéticas que nada tienen que ver con los planteamientos ultra racionalistas, materialistas y desacralizados que imperan en el mundo moderno occidental y en su perspectiva cartesiana del conocimiento científico. Y, precisamente en el Medievo, el sabio manifestó a través del simbolismo esotérico ese anhelo de liberación ascética.

Estos ideales de libertad reciben un impulso en el amanecer de la nueva época anunciada por el Renacimiento del conocimiento y la cultura clásicas durante el siglo XV, tiempo de gran actividad creativa, de rupturas de ataduras, de liberación de un renovado y vital espíritu que había sido coartado por la oscuridad dogmática de la Edad Media, y cuyo resultado fue lo que ha dado en llamar la Reforma. Cotteril, en su *History of Art*, habla de una “liberación de la ley tradicional” y de “restauración al individuo de un gobierno autónomo moral e intelectual”...

Debemos decir, sin embargo, que en Europa el intento llevado a cabo por sabios como Ficino, Erasmo, Tomás Moro o los plotonianos de Italia de ofrecer una perspectiva más amplia de la doctrina cristiana, reinterpretándola a la luz de la filosofía de Platón y Plotino, fracasó. A pesar de partir del seno de la Iglesia romana, la Reforma se realizó fuera de la Iglesia durante el siglo XVI. Fue un intento de purificar la Iglesia de sus abusos, de hacer que sus enseñanzas se aproximaran a una más íntima armonía con las nuevas ideas, si bien debemos admitir que poco se hizo para mejorar las cosas desde el punto de vista espiritual, aunque se avanzó en libertad de creencia y en libertad para que el intelecto individual buscara la verdad por sí misma. Tan grande fue, empero, la ignorancia e intolerancia de los reformadores, que engendraron una teología más intolerable que la de Roma.

Después de la Reforma en Inglaterra la arquitectura eclesiástica sufrió un importante retroceso, y las Logias operativas entraron en disolución debido a que su trabajo ya no era indispensable. Pero mientras la Reforma dañaba de esta manera a la Masonería operativa, daba a Europa seguridad para el resurgimiento del arte especulativo abiertamente, dando pie a la introducción de constructores (masones) teóricos en el seno de las Logias.

Siguiendo al destacado masón y teósofo C.W.Leadbeater, podemos atribuir un período de oscurantismo y desintegración, así como los escasos registros referentes a los secretos masónicos que de esta época nos han llegado, no sólo al Juramento de no escribir esos secretos, sino también a que muchas logias operativas habían perdido casi todo indicio de sus trabajos rituales, olvidando los secretos tradicionales y simbólicos de la construcción. Sin embargo, es durante este período de posreforma, en que las antiguas logias casi habían olvidado la gloria de su herencia, tanto operativa como especulativa, cuando por primera vez hallamos minutias de las reuniones de Logia. La minuta más antigua está guardada en los archivos de la Logia de Edimburgo, Mary's Chapel nº 1, en el rollo de la Gran Logia de Escocia, y está fechada en 1598. Aun cuando parece ser que desde los tiempos más remotos las logias operativas "aceptaran" a hermanos no operativos, el primer registro de ello, la admisión en 1600 de John Boswell de Auchinleck, lo encontramos en los mismos archivos. La importancia de este documento radica en que, a través de la marca que precede a la firma de Boswell (una cruz encerrada en un círculo, símbolo a menudo utilizado por los hermanos de la Rosa Cruz), se pone de manifiesto la profunda conexión de los alquimistas rosacruces con la Masonería. Si bien entrar en este tema requeriría de un estudio aparte.

En 1641 existe como referencia comprobada la afiliación a la misma Logia de Edimburgo de sir Robert Moray, y en 1646 es admitido en la Masonería uno de los más notables iniciados masónicos de los hay constancia en aquellos tiempos. Se trata de Elias Ashmole, fundador del Ashmolean Museum de Oxford, que además de alquimista, hermético y rosacruz, fue el primero que, en *Historia de la Orden de la Jarretera según Ashmole* (1640), escribió sobre los templarios en términos elogiosos desde la supresión de la Orden. A este respecto, indicar que Frances Yates, en *El Iluminismo Rosacruz*, descubre una estrecha vinculación entre los rosacrucianos del siglo XVII y la Orden de la Jarretera, detalle muy sugerente si tenemos en cuenta que en esta Orden se ha visto, cuando menos en el aspecto ceremonial, una continuación de los templarios.

Sir Christopher Wren, arquitecto de la catedral de San Pablo de Londres y último Gran Maestre de la Masonería antigua, que murió en 1702, habría tenido acceso a documentos antiguos del oficio. Wren no dudaba de la relevancia de los Caballeros de la Orden del Templo de Salomón y de otros cruzados en la importación desde Oriente Próximo de las ideas arquitectónicas musulmanas. "Lo que ahora llamamos vulgarmente gótico - escribió- debería llamarse con mayor verdad y propiedad arquitectura sarracena refinada por los cristianos, que surgió en primer lugar en Oriente, tras la caída del imperio griego, por el éxito prodigioso de aquellas gentes que se adhirieron a la doctrina de Mahoma y que, movidos de su celo religioso, construyeron mezquitas, caravasares y sepulcros en todas las partes a las que llegaban.

Concebían estas obras con forma redonda, porque no querían imitar la figura cristiana de la cruz, ni las antiguas maneras griegas que tenían por idólatras..."

IV. La masonería decimonónica

La Masonería, que es una sociedad esotérica de corte iniciático, adquiere gran preponderancia durante el siglo XVIII y XIX, si bien había tenido precedentes en la Royal Society fundada en 1662. Esta sociedad, de corte científico, en realidad fue el establecimiento oficial de lo que había sido en principio el “Colegio Invisible” de los masones, creado en 1645.

La masonería decimonónica, que al contrario que las logias francmasónicas medievales no desarrolla trabajos operativos propios de los constructores, sino que es fundamentalmente simbólica, ilustrada y filosóficamente especulativa, se genera en 1717 con la reunión de todas las logias inglesas en una sola, que se funda con el nombre de Gran Logia de Londres. Esta moderna masonería, que por principios es filantrópica y en ocasiones está muy politizada, se consolida en 1721 con la redacción de las *Constituciones de Anderson* de la regularidad masónica anglosajona, en las que se eliminaron las fórmulas católicas de los *Antiguos Deberes* para reflejar el espíritu ecuménico. De cualquier forma, ya por esas fechas se practicaban en Francia, de forma privada, los Ritos de Clermont y de Heredom. Otras fechas significativas para la masonería decimonónica son 1725, en que aparecen las primeras logias estuardistas o jacobitas; 1732, fecha en que se funda la Gran Logia de Francia; y 1737, que es cuando surge el Rito Escocés de Ramsay, el cual entra en conflicto con la Gran Logia londinense. En España, el duque de Wharton fundó las dos primeras logias españolas en 1728. En 1739, como nos recuerda Ferrer Benimelli, el cardenal Firrao, secretario de los Estados Pontificios, prohibió las reuniones masónicas, condenó a muerte a los masones y ordenó la demolición de sus viviendas.

En 1771, fecha en que se produce el primer intento de unificación de todas las logias, la masonería ya contaba con un notable influjo político, bajo el impulso de Luis Felipe. Este intento de unificación de las logias masónicas no fructificó, sin embargo de él sobrevino la creación en 1773 de la Orden Real de la Francmasonería, que toma el nombre de Gran Oriente de Francia, llegando a ser Gran Maestre del mismo el propio Luis Felipe. Tenemos con ello que, lejos de lograr el propósito de la unificación, lo que supuso la gestación del Gran Oriente es un auténtico cisma dentro de la masonería.

Sería otro intento de unificación de las logias el que se pretendió en la reunión celebrada en 1782 en Wihelmsbad, donde Joseph de Maistre declaró que las ciencias esotéricas son una farsa, negó el origen templario de los masones y suplicó que éstos regresaran, como él, al seno del cristianismo. Hasta entonces, la masonería nunca había puesto en tela de juicio su vinculación con los templarios. Es más, antes del resurgimiento de la masonería como actividad ilustrada y especulativa, ésta ya venía reclamando su origen templario, incorporando a partir del siglo XVIII dicho origen a los ritos de sus diversas obediencias. Tal es así, que incluso en nuestros días existe una Orden del Temple asociada con la Gran Logia de Inglaterra, principal obediencia de la masonería universal, la cual sigue considerando la tradición templaria como la más venerada esencia de sus rituales. De cualquier forma, a pesar de que existan pretensiones al respecto, hoy puede decirse que poco de templario hay en la masonería, salvo alusiones y detalles característicos en ciertos grados. Es más, podemos decir sin temor a equivocarnos, que la constitución de la Gran Logia londinense lo que marcó en realidad, como acertadamente señalan L. Picknett y C. Prince, es la conversión de una verdadera sociedad secreta “en un cenáculo algo pomposo donde se reunían unos amigos, y tomaba un

carácter semipúblico porque ya no tenía ningún secreto que guardar". En definitiva, estas palabras ilustran muy bien el panorama de conjunto de la actual Masonería que, salvo la honrosa excepción de "muchos francmasones modernos que sin duda se someten a sus iniciaciones respetando lo solemne y con sentido de espiritualidad", es una organización que ha perdido su sentido originario. Tal como señala Guénon, por ejemplo en la masonería inglesa 24 de los 33 grados se otorgan sin celebrar ningún rito, lo cual también sucede con los llamados Altos Grados templarios de algunas órdenes vinculadas a la masonería, que se otorgan de palabra, sin necesidad de llevar a cabo rito alguno. Antes de la formación de la Gran Logia los francmasones propagaban el mismo tipo de saberes que los templarios sobre geometría sacra y hermetismo. Hoy, muchos reniegan o desconocen sus raíces, pues en gran medida la cadena de transmisión se ha roto por demasiados eslabones.